HORAS DECISIVAS: EL ESPAÑOL EN LOS ESTADOS UNIDOS

Antonio Muñoz Molina

Mis amigos americanos estudiaron francés en la escuela primaria y en la enseñanza media. Sus hijos estudian español. En algunas buenas escuelas privadas del Upper West Side de Nueva York —el barrio de la clase media liberal e ilustrada, casi siempre judía— la enseñanza es plenamente bilingüe. Curiosamente, en muchas escuelas públicas de los barrios de clase trabajadora —donde la población de origen hispánico suele ser mucho más abundante— la enseñanza del español es mediocre o directamente mala. Esta paradoja es un indicio de la posición irregular de la lengua en un país donde, según los datos más recientes (marzo de 2004), la población hispana asciende ya a 40,4 millones de personas, con un aumento del 14 % en tan sólo cuatro años.

La rapidez del crecimiento resulta todavía mayor si se tiene en cuenta que en el mismo período la población no hispana creció exactamente siete veces menos. Se trata, además, de un grupo humano joven y muy fértil, que seguirá creciendo muy por encima de la media del país en los próximos veinte años. Si a eso se añade la riada permanente de la emigración, legal e ilegal, las perspectivas de futuro son aún más asombrosas.

Conviene, sin embargo, no dejarse llevar, como sucede tantas veces en España, por una especie de entusiasmo estadístico sobre los «hispanos», término éste, por cierto, tan popular en nuestro país como poco usado en los Estados Unidos. No existe una población *hispana* homogénea, ni siquiera en relación con el idioma. En primer lugar, y de manera abrumadora, cuando decimos «hispanos» estamos diciendo «mexicanos», porque ellos representan el 63 %, y su número no deja de crecer; en segundo lugar, entre esos casi 41 millones de personas las diferencias sociales, económicas y culturales son tan grandes que es muy difícil encontrar rasgos comunes. ¿Qué tiene que ver un cubanoamericano de segunda generación, bilingüe todavía pero quizás con hijos que sólo hablen inglés, bien instalado profesionalmente, viviendo en un suburbio próspero de Florida, con un emigrante recién llegado de México o de Santo Domingo, o con un puertorriqueño nacido en el Spanish Harlem de Nueva York? Dejando aparte lealtades sentimentales y sonoros apellidos hispánicos, es muy posible que la única cosa común entre esos tres tipos de personas sea el ideal de una plena ciudadanía norteamericana.



Antonio Muñoz Molina. © Xurxo Lobato.



Fachada del Instituto Cervantes de Nueva York.

Hay otro grupo no demasiado nutrido, pero sí relevante, sobre todo en algunas ciudades grandes, en Nueva York, Chicago, Miami o Los Ángeles, una emigración intelectual y profesionalmente muy cualificada, que ha llegado al país huyendo de las inestabilidades políticas y económicas, de la falta de expectativas en América Latina. Son profesores, escritores, periodistas, actores, que vienen con una formación más sólida que la media de los emigrantes, y con demandas de cultura en español muy por encima de lo que los medios ya establecidos ofrecen. Pues no hay que olvidar que la televisión y la radio en español de los Estados Unidos tienen como objetivo satisfacer los gustos de un público poco formado y que por su ignorancia del inglés no accede a los canales en inglés, o no se reconoce en ellos; ni tampoco que la prensa escrita en español tiene una difusión muy baja —se calcula que la circulación diaria de todos los periódicos hispanos no pasa de 300.000 ejemplares— y sufre unas penurias todavía más dolorosas cuando se la compara con la envergadura formidable de los periódicos en inglés.

Algo parecido sucede con los libros: en las grandes cadenas de librerías los estantes dedicados al libro en español han crecido de una manera muy visible en los últimos años, pero eso no debe hacernos olvidar que, según el informe más reciente de la Cámara de Comercio Hispano-Norteamericana, el volumen del negocio del libro en español no llega a los 400 millones de dólares, en un mercado total de más de 26.000 millones... Y que de esos 400 millones una parte muy considerable corresponde a libros religiosos, de creciente popularidad en los Estados Unidos, un país en el que la religión tiene una presencia que los europeos no advierten casi nunca.

Todos estos rasgos confirman, a mi juicio, la situación paradójica del español en América: su peso demográfico no se corresponde ni de lejos con su importancia cultural, de modo que a la buena noticia sobre su pujanza y sobre la demanda de su aprendizaje debe contraponerse un cierto escepticismo sobre su futura relevancia social, cultural e incluso política. Ésta dependerá de dos factores principalmente: el primero, la conservación o la pérdida del idioma en las futuras generaciones; el segundo, la capacidad de las comunidades hispánicas y de los países de habla española de lograr que la cultura en español llegue a ser plenamente visible en los Estados Unidos, de modo que se le reconozca una estatura comparable a las que se consideran grandes culturas europeas.

En este país de emigrantes hay un modelo que hasta ahora se ha repetido infaliblemente: la primera generación —los recién llegados— aprende el nuevo idioma con dificultad y vive en comunidades donde el idioma de origen es el de la familia y la vida diaria; los hijos de esta generación son bilingües: el idioma de los padres es su lengua familiar, pero con sus amigos y en la escuela se entienden en inglés, y el inglés es la lengua en la que se encuentran más cómodos, y la que usarán cuando salgan del barrio de origen para instalarse en un vencindario plenamente integrado; la tercera generación es ya monolingüe. Este proceso se ha repetido desde las inmensas oleadas migratorias de finales del siglo XIX en las dos principales comunidades lingüísticas que llegaron a Nueva York, la italiana y la judía, esta última hablante mayoritaria de *yiddish*. En tres gene-

raciones el italiano y el *yiddish* prácticamente han desaparecido: en mayor o menor medida es muy probable que algo semejante suceda con el español, con un par de salvedades que es necesario examinar. La primera, que el simple volumen de sus hablantes es muy superior al que tuvieron nunca el *yiddish* o el italiano, y su presencia cotidiana es mucho más insoslayable; la segunda, que, a diferencia de esas dos lenguas, el español tiene una dimensión global, al ser el idioma de todo un subcontinente y de un país europeo de notable pujanza. El hijo o el nieto de una familia de emigrantes ya encuentra razones muy poderosas y ventajas muy prácticas para no perder la lengua de sus mayores, ya que su pleno dominio, junto al del inglés, es una cualificación que puede ser decisiva en el mercado de trabajo. Por razones prácticas también jóvenes profesionales y gente emprendedora con muy diversos intereses deciden aprender español o lo eligen como segunda lengua para sus hijos: para hacer negocios con América Latina y España, para atender a clientes hispanos en despachos de abogados, para cuidar a enfermos que llegan a los hospitales sin saber otra lengua que el español.

Para un país como España, la plena conciencia de las potencialidades económicas de la enseñanza de su idioma es sin duda uno de sus mayores desafíos estratégicos, sobre todo porque, si nosotros no lo hacemos muy rápido o no lo hacemos muy bien, otros se apresurarán a hacerlo.

Estrechamente vinculada a la difusión del idioma está la de la cultura. Fuera de unos cuantos nombres universales, las culturas hispánicas tienen una presencia muy menguada, incluso de gueto, en los Estados Unidos. De gueto universitario o de gueto étnico. Las obras maestras de nuestro idioma muy raramente forman parte de los estudios de Literatura Comparada (lo que antes se llamaba Literatura Universal); están confinadas a los departamentos de español, o de lenguas romances, los cuales a su vez operan con una división estricta y esterilizadora entre lo latinoamericano y lo español, por no hablar de la nueva y pujante subdivisión de los llamados «Estudios Latinos». España, aparte de unos cuantos prejuicios y malentendidos —la Inquisición, el exterminio de los indios— es Cervantes, Lorca, Pedro Almodóvar y Falla; América Latina, el realismo mágico, y si acaso algo de música caribeña y Frida Kahlo.

Algo se va moviendo, sin embargo: se estrenan más películas, incluso se coproducen algunas, y algunas series; se traducen algunos libros más; hay una vaga conciencia entre la gente cultivada de que hace falta prestar más atención a lo hispánico. Más que en ninguna otra época, algunas exposiciones importantes vienen de España y de América Latina. Da la impresión de que nos encontramos en un momento nada fácil, pero sí más favorable que nunca hasta ahora: para afianzar las industrias de la enseñanza y del libro, que son de las muy pocas en las que nuestro país puede ser de verdad competitivo, y para que la lengua española cobre mayor presencia en las nuevas tecnologías y en la investigación científica; para ayudar a que se disipen por fin leyendas negras y prejuicios que llevan siglos pesando sobre nosotros; para lograr que lo más universal de lo que se ha hecho y se hace en el ámbito de las culturas hispanas sea conocido y apreciado por el público cultivado de los Estados Unidos, y forme parte de la tradición en la que puedan reconocerse los norteamericanos de habla española.

La situación y los objetivos están claros: falta saber si los medios, las estrategias y la constancia estarán a la altura de tantas expectativas. ■

Antonio Muñoz Molina es escritor y miembro de la Real Academia Española. Ha sido director del Instituto Cervantes de Nueva York entre abril de 2004 y junio de 2006.